

blos cristianos en este punto. ¿Qué se dice en todas partes de la Madre de Dios y de los humanos? Aquí es una ciudad rica y poderosa que se libró de las consecuencias de un espantoso terremoto, por la intercesión de María, á la que el mar y los vientos obedecieron. Allí es un pueblo que se gloria en tributar cultos á una bella imagen de la Señora del mundo, milagrosamente aparecida para consuelo y amparo de los fieles de aquella localidad. ¡Cuántas historias! ¡Cuántas tradiciones que nos revelan lo mucho que la humanidad debe á su bellísima co-Redentora! Ciertos estamos, como lo estaba San Bernardo, que si la rogamos nos oye y si ella ruega por nosotros es escuchada. Justo es que al concluir de narrar la historia de la Santísima Virgen María, y antes de entrar en la esplicacion de las advocaciones bajo las cuales el Cristianismo la saluda, y en la reseña de las principales entre las imágenes suyas que en España son objeto de la devoción mas entusiasta, demos una rápida ojeada á la antigüedad del culto que la Iglesia la tributa, con el objeto de confundir la arrogancia de los que, enemigos declarados de la Soberana Emperatriz de todos los serafines, tratan de persuadir á los fieles que no se conocía la devoción de María en los primeros siglos del Cristianismo, habiéndola enjendrado despues el fanatismo. No necesita ciertamente el culto de la Virgen María, de la exigüidad de nuestra defensa: nada significará cuanto pudiéramos decir al lado de los sábios discursos de un San Bernardo, y de otros Padres y célebres escritores que emplearon sus claras luces y privilegiadas inteligencias en trabajar sobre un tema tan fecundo y de tamaña importancia: esto no obstante nos creemos obligados á completar en cuanto nos sea posible esta obra, por exigirlo así la gloria de una Madre cariñosa y la gratitud de hijos agradecidos.

CAPITULO XI.

Del culto de la Virgen Madre.

Una impiedad ciega y orgullosa, ha hecho objeto de sarcasmos el culto de la Madre de Dios, queriendo hacerlo aparecer como parásito é infecundo. Obligacion es pues de todos los que se glorian de ser hijos de esta cariñosa Madre coadyuvar á destruir el edificio de la iniquidad, emprendiendo la defensa de sus soberanos derechos, levantando de su abatimiento las piadosas prácticas de su devoción, y este deber es aun mas imperioso en los que por la unción sagrada hemos sido elevados á la dignidad del sacerdocio. La marcha del siglo XIX no necesitamos estudiarla: está patente á nuestra vista: las doctrinas emanadas de las escuelas filosóficas que el orgullo y la impiedad erigieran en el pasado siglo, minan los cimientos de la Religion, que sin duda triunfa por María de todos sus enemigos. Criminales nos haríamos y acreedores al castigo del cielo si en las circunstancias presentes permaneciésemos como perros mudos sino nos presentáramos al combate revestido nuestro pecho con la coraza de la fe y empuñando con nuestra diestra la poderosa arma del razonamiento fundado en los libros santos y en la tradicion. Verdad es que la hija del cielo, la religion santa ha tenido en todos tiempos denodados adalides que animados por un celo santo hánse empleado en la defensa de la mas justa de todas las causas. Sin embargo, muchas veces hemos deplorado en el fondo de nuestro corazon la indolencia de algunos sábios que contentos con orar entre

el vestibulo y el altar, y con llorar los males producidos por la impiedad, no se han presentado ni con la palabra ni con la pluma á defender la fundacion divina: mas de una vez hemos preguntado á alguno de estos hombres, por otra parte de una virtud austera, predicadores de la moral evangélica con el ejemplo de su conducta y modo de obrar, y hemos tenido ocasion de conocer que la desconfianza de sí mismo y una humildad laudable si las circunstancias no estrecharan, ha sido el motivo de su silencio. Nosotros pensamos de diferente manera, sin que tengamos la pretension de ser infalibles. No somos sábios: estamos á gran distancia de serlo: pero cuando pelagra la patria ó el enemigo presenta la batalla ¿basta al militar deplorar la calamidad en el reposo de su albergue? Si levantara su voz y exclamase: «carezco de valor» ¿no sería desde aquel instante el oprobio de su patria, el objeto del comun desprecio, viéndose obligado á huir á pais donde no fuese conocido para ocultar su vergüenza y su deshonra? Con esto contestamos á los que nos tachan de atrevidos, porque sin estar adornados de superior ingenio, emprendemos la formacion de obras, que requieren mas profundos conocimientos que los que poseemos y pluma mas bien cortada que la que manejamos. Si nos hubiéramos propuesto al dedicarnos á estos trabajos recompensas terrenas, este sería el único galardón que tendríamos derecho á esperar; pero no es tal ciertamente el objeto que nos proponemos, sino el contribuir con nuestras escasas fuerzas á la regeneracion social que felizmente y mal que les pese á los ciegos partidarios de las doctrinas modernas, vislumbramos.

El asunto que nos va á ocupar en el presente capítulo es de la mas alta importancia, y así no podemos menos de llamar sobre él la atencion de nuestros lectores. Vamos á

examinar la antigüedad del culto de la Santísima Virgen Maria en la Iglesia, y discurriendo despues sobre el carácter de las nuevas luchas sostenidas en la época presente entre la verdad y el error, observaremos que allí donde mas desarrollo adquiere el culto y la devocion de Maria, mas triunfos consigue la verdad y mayor tranquilidad los estados. Todo esto nos conducirá necesariamente á la manifestacion de una verdad suficiente á disipar todas nuestras tristezas, á alentar nuestra confianza y á hacer renacer en nuestro corazon la calma y la tranquilidad que nos roba el mundo con sus aflicciones y sinsabores. La verdad es esta: El culto de Maria fundado en una verdadera devocion es justo y razonable: por su medio se consigue el remedio de todos los males y aseguramos la salud eterna. Presentemos con orden los asuntos de la presente discusion.

¿Es debido y razonable el culto de la Virgen Maria?

¿Es tan antiguo como la Iglesia, ó es como quieren los enemigos de sus glorias, producto del fanatismo de los cristianos del siglo IV?

¿Qué beneficios ha experimentado la humanidad por este culto y devocion?

Examinado el carácter particular de la persecucion que en el presente siglo se hace á la Iglesia, ¿podemos asegurar que á Maria se debe el triunfo de la buena causa?

¿Y deberemos en ella fundar la esperanza de nuestra salvacion.?

Tan importante es el exámen de cada uno de estos puntos que nos ocuparía muchas páginas: empero tocando á su fin el presente volumen al que no queremos dar mayor latitud, procuraremos con la concision que nos sea posible examinarlos para nuestro propio bien y el de nuestros lec-

tores á quienes consideramos tan amantes como nosotros de la Madre de Dios.

Para demostrar que es justo y razonable el culto que tributamos los católicos á la Santísima Virgen María, debemos advertir que la Iglesia no confunde nunca ni puede confundir el culto de la Virgen María con el de Dios; ni hace de los dos uno solo. A Dios se le tributa un culto de adoracion que solo á él es debido y que se llama *de latría*. El culto que tributamos á María, es un culto de intercesion que llaman los Teólogos de *hiperdulia*, y de aqui la diferencia que ya hemos hecho notar en otro lugar de esta obra, de nuestros ruegos, diciendo al Señor, *Miserere nobis* y á María *Ora pro nobis*. Los que creen que incurrimos en una especie de idolatria secreta al postrarnos ante la imágen de María, ó al menos nos intitulan fanáticos, no atienden seguramente á esta notable diferencia que hemos señalado entre el culto de Dios y el de su Madre, y siendo esto tan fácil de comprender podemos asegurar la mala fe que los guia: La Iglesia, maestra y depositaria de la verdad, enseña á los fieles en la piadosa costumbre de invocar á María haciéndoles comprender que ella es la tesorera de las divinas misericordias, y el acueducto por donde se comunican á los mortales. Nunca son mas justos nuestros sentimientos que cuando son mas conformes á los designios de Dios. ¿Quién duda que Jesucristo ama á María con un amor extraordinario? ¿No la honró de un modo admirable eligiéndola por Madre suya, y llenando con ella todos los deberes que puede cumplir el mejor de los hijos con la mejor de todas las madres? Claramente nos dice el Evangelio que á María vivió Jesucristo subordinado y sumiso. Aquellos que tachan de indiscrecion el culto que tributamos á la Madre de Dios y la devocion que la profesamos, les haremos callar repitiendo

lo que ya hemos dicho en otro lugar, esto es: Que sabemos que Jesucristo es la causa primera y principal de nuestra salud, porque nos ha rescatado con su preciosa sangre. Pero San Ireneo no hace otra cosa que conformarse con la doctrina corriente entre todos los Padres y escritores sagrados, al afirmar que María es la causa segunda é instrumental, pues nadie puede dudar que contribuyó poderosamente á nuestra salvacion, pues su humildad dice San Agustin dió la vida á los mortales y abrió á los hombres las puertas de los cielos.

Si se registran las obras de los santos Padres, advertimos en todos ellos unos mismos y unisonos pensamientos sobre este punto. Acabamos de citar á San Agustin, y no creemos que haya quien se atreva á disputarle el talento, la ciencia mas portentosa, la santidad mas consumada, sus profundos conocimientos en las sagradas letras, como asi mismo su celo por la salvacion de las almas: pues bien ¿de qué modo habla de María? Celebra sus glorias, sus prerogativas, los beneficios que por ella recibe la humanidad, y la llama, escala celestial y puerta del cielo. Léase á San Bernardo y á los demas Padres y se verá como todos hablan de la misma manera y demuestran cuán justo y racional es el culto que tributamos á la Madre de Dios y cuán eficaz su devocion. Si á ella recurriésemos como á Dios: si la confundiésemos con Dios, si la llamásemos Omnipotente, ciertamente incurririamos en una supersticion y cometeriamos un pecado gravísimo. Empero, ya lo hemos dicho: hacemos una notable diferencia, y si recurrimos á ella en nuestras aflicciones, si nos postramos ante su imágen, si á ella acudimos tal vez con mas frecuencia que á Dios, lo hacemos de la misma manera que en la tierra y en el orden natural, acudimos para conseguir las gracias de los monarcas á aque-

llas personas que estan mas cerca del trono y que gozan de mayor influencia con el que puede otorgarnos la gracia que deseamos conseguir. Nos deslumbran los resplandores de la Magestad divina, y al dirigir nuestras súplicas á Dios reconocemos nuestra ingratitud y las miserias bajo cuyo peso vivimos agoviados; pero en el momento recordamos que tenemos en el cielo una Madre que es Reina y cuyo trono está inmediato al del mismo Dios: la confianza de hijos nos alienta: sabemos que es grande y poderosa la influencia de esta Madre á la que no vemos rodeada por otra parte de los resplandores de la divinidad, y esto nos hace acudir á ella sin la menor dilacion. Dios es nuestro Padre, es nuestro Criador y nuestro Juez y á este Dios cuya autoridad soberana reconocemos y rostro en tierra adoramos, es á quien nos dirigimos por María. Deseamos la gracia del perdon, la gracia de la salvacion: solo Dios puede conceder gracias tan inestimables, porque de él pende la vida y la muerte, siendo el dueño absoluto y soberano de cuanto existe en los cielos y en la tierra: pero fundamos nuestra confianza en María porque conocemos su piedad y la bondad de su corazon: sabemos que nos escucha y que siempre es escuchada. El conocimiento de su intercesion poderosa y de su maternal ternura era la razon que daba el devotísimo San Bernardo para justificar la esperanza que en ella fundaba, y esta misma razon presentaremos nosotros á los impíos enemigos del culto de María.

Tal vez se nos diga que el entusiasmo por la Virgen Madre es atentatorio de los derechos de la Divinidad: ya hemos dicho lo suficiente para desvanecer error tan grosero, para cuyo sostenimiento es necesario haber perdido todo sentimiento, desconocer los designios de Dios para con su Madre, las magnificencias con que plugo adornarla

y enriquecerla, y en suma, todo el valor de la dádiva del Calvario, dándola Jesucristo por Madre á todos los mortales. Si nada podia hacer en nuestro favor, si cosa alguna podiamos esperar por ella, ¿á qué fin dejárnosla por Madre en el solemne momento en que ofrecia el sacrificio de su vida? Por otra parte: Dios jamás podrá ofenderse porque recurramos á su Madre y le ofrezcamos el culto de *hiperdulia* que jamás puede confundirse con el de *latria* que á él ofrecemos. María es Madre de Dios: ¿cómo pues podia Dios ofenderse porque se honrara á su Madre? Digan lo que quieran los atrevidos nestorianos, vomiten blasfemias execrables los atrevidos protestantes: el culto de María es justo y racional: siempre acudiremos á ella, siempre invocaremos su nombre, siempre la suplicaremos con el mayor fervor que interceda por nosotros ante la Magestad divina: sabemos que seguimos el camino recto: la Iglesia, que es columna y fundamento de la verdad no puede dirigirnos por caminos extraviados. Lo confesamos: sin María, la vida nos seria insoportable: con ella nos es grata. Verdad es que padecemos, que mil azares vienen á turbar nuestro reposo; que enemigos poderosos conspiran contra nuestra tranquilidad; que á cada paso se presenta un abismo ante nuestros ojos, pero apenas nuestros lábios han pronunciado el angelical, el simpático nombre de María, que está tan lleno de poesía, se disipan nuestras tristezas, se alejan nuestros males, experimentamos los mas dulces consuelos, y nuestro corazon rebosa en las mas dulces expansiones. «Esta confianza, diremos por último, copiando las espresiones de uno de los mas elegantes y eruditos escritores de nuestros días, está fundada en las relaciones del hombre con Dios, salvándose la inmensa distincion que hay entre Dios y la criatura primero por Jesucristo, que es Dios y

hombre, y despues por la mediacion de la Santísima Virgen descendiente de Adan y Eva como nosotros, pero Madre del Verbo encarnado, y Madre nuestra por el Testamento de Cristo '»

Algo hemos dicho ya acerca de la antigüedad del culto que la Iglesia tributa á la Santísima Virgen María, sin embargo, no nos creemos dispensados de estendernos ahora sobre este punto que no solamente es harto interesante, sino á mas del mayor consuelo y gozo para los que tenemos la dicha de conocer y amar á la Madre de Dios.

Es un hecho evidente que el sepulcro donde momentáneamente descansó la Virgen María, fué su primer altar, segun digimos al hablar de su preciosa muerte. Ella habia dirigido y enseñado á los Apóstoles y discípulos desde que el divino Fundador y Maestro de la Iglesia subió al cielo el dia de su gloriosa Ascension: á ella acudian en todas sus dudas, escuchándola como á un oráculo: ¿y á quién mejor pudieran acudir que á la que habia dado el sér de hombre al que los habia llamado y escogido para continuar la grande obra de evangelizar á las naciones? ¿Quién mejor pudiera enseñarlos é instruirlos, que aquella Virgen purísima que tan íntimamente habia tratado á Jesucristo y que tan identificada estuvo siempre con sus mismos sentimientos? Cuando María fué colocada en el sarcófago quedaron los Apóstoles en la mas triste orfandad: lloraban inconsolables y postrados ante aquel sepulcro que miraban como un altar, oraban con el mayor fervor. De allí se apartaron cuando levantando la losa sepulcral para que Tomás satisfaciese sus amorosas ansias de ver por última vez á su Reina y Señora, vieron que habia subido al cielo. El recuerdo de tan cariño-

1 Muñoz Garnica. Sermones de la Bienaventurada é Inmaculada Virgen María. Patrocinio de la Virgen.

sa Madre no podia borrarse de su imaginacion: sus altísimas virtudes, sus dulces palabras, sus saludables consejos, aquella caridad con que los habia tratado estaba presente ante sus ojos y se regocijaban por su triunfo, no podian consolarse de la amarga pena que su ausencia les causara. Urgía el continuar la obra comenzada de la predicacion del Evangelio: el mundo tenia hambre y sed de doctrina: la humanidad necesitaba el rocío de la celestial enseñanza, y los Apóstoles que se habian congregado en Jerusalem segun dijimos á su tiempo para asistir á la muerte de la Virgen se separaron y dirijieron sus pasos por diferentes paises para hacer resonar en todas partes el sonoro clarín de la Palabra divina. Creian los Apóstoles con fe viva que Jesucristo era verdadero Dios, al tiempo mismo que verdadero hombre y asi lo consignaron en el símbolo: ¿cómo habian pues de ignorar la altísima dignidad de María? Y sabiendo que era verdadera Madre de Dios verdadero ¿cómo dejarían de hablar de ella en sus sermones y de recomendarla á los nuevos fieles, haciéndoles conocer lo mucho que podían confiar en su valimiento y proteccion? Insensatez seria cualquiera duda en esta materia. Pongámonos de frente á las predicaciones de los Apóstoles. La Encarnacion del divino Verbo tenia que ser el asunto principal de sus enseñanzas. Necesariamente tenían que esplicar el modo prodigioso con que se obró por obra del Espíritu Santo la union hipostática de ambas naturalezas en la Persona del Verbo. ¿Y cómo habian de prescindir de recomendar la purísima Virgen en cuyo casto seno se verificó obra tan admirable? Al hablar de la Redencion de la humanidad efectuada en el Gólgota, ¿cómo no esponer los crueles sufrimientos, los terribles tormentos que la Santísima Virgen esperimentó en su corazon al presenciar el sacrificio de su divino Hijo? Su heroismo